

ARTHUR SCHNITZLER

TARDÍA FAMA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Später Rubm*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 Paul Zsolnay, Viena, Austria

Con permiso del Syndics of Cambridge University Library

© de la traducción, 2016 by Adan Kovacsics Meszaros

© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-10-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 138-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El señor Eduard Saxberger volvió de su paseo y subió lentamente las escaleras que conducían a su vivienda. Era un hermoso día de invierno, y el anciano, como solía hacer, se había puesto en marcha justo después de concluir su jornada en la oficina, para aprovechar el aire fresco y llegarse paseando a las últimas casas de la periferia. Ya cansado, se alegró de regresar a su habitación cálida y acogedora.

El ama de llaves lo recibió con la noticia de que un joven, a quien ella jamás había visto, llevaba media hora esperándolo. El anciano, que casi nunca recibía visitas, se dirigió con cierta curiosidad a la sala de estar. Cuando entró, el joven que lo esperaba sentado en una butaca se levantó e hizo una reverencia.

Saxberger devolvió el saludo y dijo:

—Me han dicho que lleva usted un rato esperándome. ¿En qué puedo servirle?

El joven, todavía de pie, respondió:

—Permítame, distinguido señor, que me presente. Soy Wolfgang Meier, escritor.

—Me alegra mucho, de verdad. Por favor, tome usted asiento.

—Señor Saxberger—comenzó el joven, después de sentarse—, sobre todo he de pedirle perdón por la impertinencia de presentarme en su hogar sin ser invitado ni conocido. Sin embargo, he buscado en vano otras fórmulas para tener el honor de conocerlo.

—Me halaga usted.

—Y conocerlo, señor Saxberger, es desde hace mucho

tiempo uno de mis deseos, es más, de nuestros deseos más fervorosos, porque no sólo hablo en mi nombre.

Al pronunciar estas palabras, el señor Meier esbozó una cortés sonrisa. Era pálido, tenía el pelo rubio y liso e iba muy correctamente vestido. Mientras hablaba, jugueteaba con unos quevedos que le colgaban del cuello sujetos a una cuerda.

—Siento gran curiosidad—dijo el señor Saxberger—por saber por qué ese fervoroso deseo..., desde cuándo ese fervoroso deseo...—se interrumpió un tanto turbado.

—Desde hace mucho tiempo—respondió Meier—, y si se me permite precisar el momento diré que desde el día en que yo, o mejor dicho nosotros—dijo otra vez con una cortés sonrisa—, tuvimos la suerte de conocer sus *Andanzas*.

—¿Cómo?—exclamó el señor Saxberger, perplejo—, ¿ha leído usted mis *Andanzas*? ¿Todavía se leen mis *Andanzas*?—preguntó meneando la cabeza.

—Tal vez ya no se leen—contestó el joven—. Pero nosotros sí las leemos, lo admiramos a usted, y considero que con el tiempo se le volverá a leer y a admirar. —Mientras el señor Meier decía esto, sus mejillas se ruborizaron un poco, y el tono de su voz sonó más vivo que antes.

—Me sorprende usted, señor... Meier—dijo Saxberger—, y comienzo a sentir cierta curiosidad; me gustaría saber quién es usted o, mejor dicho, quiénes son las personas en cuyo nombre habla. No imaginaba que hoy en día alguien conociera mis *Andanzas*. —El anciano miró al vacío—. Sí, hasta yo mismo me he olvidado de ellas. En general, llevo muchos años distanciado de todas esas cosas, muy distanciado.

El señor Wolfgang Meier sonrió discretamente.

—A mí o, mejor dicho, a nosotros no se nos ha escapado, distinguido señor, que lleva usted mucho tiempo sin

publicar nada, lo cual nos ha extrañado y entristecido. A decir verdad, fue un mero azar el que nos permitió, aunque en este caso puedo decir me permitió, redescubrir su delicioso libro.

A Saxberger le sorprendieron las palabras que acababa de oír. ¿Hablaba el joven realmente de él? ¿Era posible que ese joven completamente extraño lo conociera a él y su libro?

—¿Y cómo lo descubrió?—preguntó.

—Muy sencillo—respondió Wolfgang Meier—. Rebuscando en una librería de viejo, vino a parar a mis manos, entre otros, su pequeño volumen. Leí los primeros poemas, que enseguida me impresionaron con una fuerza indescriptible. Compré el libro, me lo llevé a casa y me lo leí de un tirón, de principio a fin, lo cual no ocurre a menudo tratándose de un poemario. Luego, cuando volví a mirar la portada y vi que ponía 1853 como año de publicación, me dije: cómo te habría gustado conocer a este hombre... Esa misma noche llevé el libro a nuestro pequeño círculo.

—¿Qué círculo?

—Un círculo de escritores jóvenes que se mantienen apartados del camino trillado. Si le dijera sus nombres, no le serviría a usted de mucho. Esos nombres todavía son desconocidos. Somos artistas, ni más ni menos, y ya llegará nuestra hora.

El señor Meier pronunció estas palabras con calma, pero también con determinación.

El anciano lo escuchó atentamente y asintió con la cabeza. Le resultaba muy extraño. Artista, artista... ¡Cómo sonaba esa palabra! De pronto afloraron en él imágenes confusas de días lejanos y personas olvidadas. Nombres y destinos le vinieron a la mente, y al final se vio a sí mismo como un hombre joven, igual que ocurre en los sueños, se

vio riendo, charlando, se vio como uno de los mejores y más altivos en un círculo de jóvenes que se mantenían apartados del camino trillado y sólo querían ser artistas. Y dijo en voz alta, como si el joven que tenía delante hubiera recorrido junto con él sus veloces pensamientos:

—Sucedió hace mucho, muchísimo tiempo.

Wolfgang Meier contemplaba al anciano en silencio; en aquel rostro sin barba surcado de arrugas, sólo los ojos parecían haberse mantenido jóvenes y miraban ahora fijamente, tras deslizarse por la lamparita colocada sobre la mesa, la noche azul oscura a través de la ventana.

—1853...—dijo Meier tras una breve pausa—. Mucho tiempo, desde luego. —Y continuó con un tono más animado—: No imagina usted, distinguido señor, la alegría que sentimos al enterarnos de que el poeta de las *Andanzas* vivía en nuestra ciudad; tuvimos la sensación de que debíamos saldar una deuda. —Meier se levantó tras pronunciar estas palabras y, haciendo una ligera reverencia, añadió con voz solemne—: La joven Viena le ruega aceptar sus respetuosos saludos y su gratitud, que aquí y ahora le transmito.

Saxberger quiso levantarse, pero el joven lo obligó amablemente a permanecer en su asiento. El anciano respondió no sin cierta emoción en la voz:

—Muchas gracias, no sé, la verdad es que no sé...—se interrumpió durante unos instantes, mientras el joven lo miraba tranquilamente y lo animaba con una sonrisa, pero luego continuó—: Ocurrió hace tanto tiempo... Yo... yo... yo... no recuerdo ya nada de todo aquello, por aquel entonces tampoco se le dio ninguna importancia. Llevo mucho tiempo sin escribir nada. Además, a nadie le interesa, y con los años perdí las ganas, sabe usted, desaparecieron con la juventud. Aparecieron otras preocupaciones, el trabajo diario, la cosa se extinguió por sí sola, ni siquiera me di cuenta...